

II. SERMON
PARA EL JUEVES
DE LA TERCERA SEMANA

DE QUARESMA.

SOBRE LA CERTIDUMBRE DE LA
caída en el estado de tibieza.

Surgens Jesus de Synagoga introivit in domum Simonis; socrus autem Simonis tenebatur magnis febris.

Habiendo salido Jesus de la Synagoga, entró en la casa de Simon, cuya suegra padecía grandes calenturas. *Luc. 4. v. 38.*

SIN duda, Católicos, que quando juzgó Simon que la presencia de Jesu-Christo era necesaria para la salud de su suegra, el mal debia ser peligroso y mortal: es preciso que ya fuesen inútiles los remedios ordinarios, y que se necesitase de un milagro para darla salud, y sacarla de las puertas de la muerte. Con todo eso el Evangelio no dice que padeciese mas que una simple calentura. En otras partes no se lee que recurriesen

á Jesu-Christo sino para resucitar muertos, para curar Paralíticos, para restituir la vista y el oído á los sordos y ciegos de nacimiento; en una palabra, para curar unos males que nadie podía remediar sino el Soberano dueño de la muerte y de la vida de los hombres; y aqui se le llama solamente para dar la salud á una calenturienta. ¿ En qué consiste, pues, que en este caso se emplee todo su poder para una enfermedad tan leve? Consiste, Católicos, en que siendo esta calentura una viva imagen de la tibieza en los caminos de Dios, quiso el Espiritu Santo darnos á entender que esta enfermedad tan leve en la apariencia, y en la que no se teme peligro; esta tibieza tan frecuente en la piedad es una enfermedad que indefectiblemente mata al alma, y que se necesita de un milagro para que no la quite la vida.

Católicos, entre todas las máximas de la moral christiana no hay otra en que menos engaños permita la experiencia, que la que nos asegura que el desprecio de las obligaciones leves guia insensiblemente á la transgresion de las más esenciales, y que la negligencia en los caminos de Dios nunca está muy distante de la caída: el que desprecia las cosas pequeñas caerá poco á poco, dice el Espiritu Santo; el que las desprecia, como si dixera, el que las quebranta con pleno conocimiento, y que de esta transgresion ha formado un metodo regular de vida, porque si solamente cayeseis alguna vez por fragilidad, ó por engaño, no os comprehende esta doctrina, pues esto sucede tambien á los justos: pero el despreciarlas, en el sentido ya explicado, como las almas tibias é infieles, es un camino que siempre viene á parar en perder la gracia santificante. Primeramente, porque en este estado no se conceden los auxilios especiales, que son necesarios para perseverar en la virtud. En segundo lugar, porque en él se fortifican las pasiones que nos arrastran al vicio; y finalmente, porque en él son

inútiles todos los socorros exteriores de la piedad.

Explicaré estas tres reflexiones, pues en ellas se encierran instrucciones muy importantes para todas las particularidades de la vida christiana, las que son útiles, no solamente para las almas que hacen pública profesión de la piedad, sino también para aquellas que juzgan que toda la virtud consiste en una buena conducta, y en cierto regimen de vida que es aprobado aun del mismo mundo. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMER PARTE.

QUE aun la inocencia de los Justos necesita de continuos auxilios de la gracia es una verdad eterna, como dice San Agustin. El hombre entregado al pecado por el desorden de la naturaleza, casi no halla en sí otra cosa mas que principios de error, y raíces de corrupcion; la justicia y la verdad que en el principio nacieron con nosotros nos son ya como estrañas: todas nuestras inclinaciones, rebeldes á la ley del Dios, nos arrastran como contra nuestra voluntad á los objetos ilícitos; de modo que para ordenarlas, y sujetar nuestro corazón á la ley, es necesario que continuamente estemos resistiendo á las impresiones de los sentidos; que violentemos nuestras mas vivas inclinaciones, y que estemos siempre en arma contra nosotros mismos. No hay obligacion alguna que no nos cueste trabajo; no hay precepto alguno en la ley que no se oponga á alguna de nuestras inclinaciones; no hay paso en el camino de Dios á que no tenga repugnancia nuestro corazón.

A esta interior corrupcion que hace que nuestras obligaciones nos sean tan difíciles, y tan como natural la injusticia, podeis añadir los lazos de que estamos rodeados, los malos exemplos que nos llevan tras sí, los objetos que nos acobardan, las ocasiones que nos enga-

ñan,

ñan, las complacencias que nos debilitan, las aflicciones que nos desalientan, las prosperidades que nos corrompen, las circunstancias que nos ciegan, las atenciones del mundo que nos molestan, las contradicciones que nos prueban, y todo quanto está al rededor de nosotros que nos sirve de una continua tentacion.

No hablo de aquellas miserias que nos son propias, ni de las particulares oposiciones á la regla y á la justicia, que nuestras pasadas costumbres, y nuestras primeras pasiones dexaron en nuestro corazón, como son aquel gusto del mundo y de los deleytes, aquel disgusto de la virtud y de sus máximas, aquel imperio de los sentidos, que se ha fortificado en nosotros con una vida sensual, aquella pereza invencible, á la que todo cuesta trabajo, y por eso se la hace imposible, aquella soberbia que no sabe ceder en cosa alguna, aquella inconstancia de corazón, que se cansa aun de sí misma, y que es incapáz de uniformidad ni consecuencia, que no puede sujetarse á la ley, porque la ley siempre es la misma, que tan presto quiere como no quiere, que en un instante pasa de una profunda tristeza á una alegría pueril y vana, y no pone ni un momento entre la mas sincera resolucion, y la infidelidad con que la quebranta.

En un estado, pues, tan miserable, ¿qué es lo que puede, ¡oh Dios mio! aun el hombre mas justo, estando entregado á su propia flaqueza, y á todos los lazos que le rodean, teniendo en su corazón la raíz de todos los desordenes, y en su espíritu el principio de toda ilusion? La gracia de Jesu-Christo solamente puede librarle de tantas miserias, iluminarle entre tantas tinieblas, mantenerle contra tantas dificultades, detener sus rápidas inclinaciones, y confortarle contra tantos combates; si le dexa un instante entregado á sí mismo, cae, ó se extravía; si una mano omniponte dexa de sostenerle un solo instante, le arrebatada la corriente; y así nuestra permanencia en la virtud es un milagro continuado de la gracia, y

to.

todos los pasos que damos en los caminos de Dios son nuevos movimientos del Espíritu Santo ; esto es , de aquella guía invisible que nos impele y lleva por la mano ; todas nuestras buenas acciones son dones de la Divina misericordia , pues de ella dimana el buen uso que hacemos de nuestra libertad , y así corona sus dones , recompensando nuestros méritos ; todos los movimientos de vuestra vida christiana son como una nueva creacion en la fé y en la piedad ; esto es , esta creacion espiritual no supone al justo destituido de todo principio en orden á su eterna salud , sino que supone en él un principio de gracia , y una libertad , que coopera con ella ; esto es , vuelvo á decir , que así como en el orden de la naturaleza volveríamos á caer en la nada , si el Criador dexára por un instante de conservar el ser que nos dió ; del mismo modo en la vida de la gracia , recaeríamos en el pecado y en la muerte , si el reparador dexára un solo instante de continuarnos con nuevos socorros el don de la justificacion y de la santidad con que ha enriquecido nuestras almas ; tanta es la flaqueza del hombre y su continua dependencia de la gracia de Jesu Christo ; la fidelidad del alma justa es fruto y principio de los continuos socorros de la gracia ; solamente la gracia puede obrar la fidelidad del alma , y solamente esta fidelidad merece la conservacion y el aumento de la gracia en su corazón.

Porque , Católicos , como los designios de Dios para con nosotros están llenos de equidad y de sabiduría , es preciso que distribuya con orden sus dones y sus gracias ; es preciso que el Señor se comunique con mas abundancia al alma que con mas fidelidad le dispone los caminos en su corazón ; que dé mas continuas señales de su proteccion y de sus misericordias al justo , que se las está dando continuas de su amor y de su fidelidad ; y que el siervo que sabe negociar con su talento sea recompensado á proporcion del uso que de él ha hecho ; como tambien es justo que el alma tibia é

infiel que sirve á su Dios con negligencia y disgusto , halle al Señor tibio y disgustado ; y como todas las obras que presenta á su vista no pueden servir mas que de fastidiarle , no es extraño que la arroje de su boca , segun la expresion del Espíritu Santo , con aquel disgusto y nausea con que se arroja una bebida tibia y fastidiosa ; y así es pena inseparable de la tibieza la privacion de la gracia de proteccion ; si os resfriais , tambien Dios se resfria ; si á la vista de Dios os ceñís á aquellas obligaciones esenciales que no podeis negarle sin delito , tambien se ciñe el Señor á los socorros generales , con los que será muy poco lo que adelanteis ; el Señor se retira de vosotros á proporcion que vosotros os retirais de él ; y vuestra fidelidad en servirle es la medida de lo que él hace para ampararos.

No hay cosa mas justa que este modo de proceder , porque vosotros entráis en juicio con vuestro Dios ; despreciáis todas las ocasiones en que pudierais darle señales de vuestra fidelidad , y el Señor dexa pasar todas aquellas en que os las pudiera dar de su benevolencia ; vosotros le disputais todo aquello de que os parece que no le sois deudores ; teneis mucho cuidado con no hacer por él obra alguna de supererogacion ; parece que le decís , como el mismo Señor decia en otro tiempo á aquel siervo injusto , tomad lo que es vuestro , y no me pidais mas , ¿ por ventura no nos ajustamos antes ? *Tolle quod tuum est , ¿ nonne ex denario convenisti mecum.* (a) Entráis en cuentas con vuestro Dios , por decirlo así ; todo vuestro cuidado se reduce á poner límites al derecho que tiene sobre vuestro corazón , y por eso el Señor solo cuida de ponerlos á sus misericordias para con vuestra alma , y de negaros , si es lícito decir-

(a) *Matth. 20. v. 13. 14.*

dirlo así, todo lo que se puede escusar de concederos; paga vuestra indiferencia con la suya; el amor solamente es premio del amor, y si no conoceis bien el terror y la extension de esta verdad, permitidme que yo os explique sus consecuencias.

La primera es, que como este estado de tibieza y de infidelidad aparta del alma las gracias de proteccion, y no la concede mas que los socorros generales, la dexa vacía de Dios; por decirlo así, y como en manos de su propia flaqueza. Es verdad que con estos socorros comunes que la quedan aun puede conservar la fidelidad que debe á su Dios, porque son suficientes para poderla mantener en el bien, pero su tibieza no la permite usar de ellos; es decir, que aun tiene los auxilios suficientes para poder perseverar, pero no aquellos con que infaliblemente se persevera; y así no hay riesgo que no haga una peligrosa impresion en esta alma, y que no la acerque á la caída; quiero conceder que un natural feliz, que algunas reliquias de honestidad y de temor de Dios, que una conciencia que teme todavia las culpas graves la defiendan por algun tiempo contra sí misma, pero no obstante, como estos remedios que por la mayor parte son puramente naturales no pueden ser muy eficaces, como los objetos de los sentidos entre los quales vive, hacen siempre nuevas heridas en su corazon, y como la gracia que en este estado no es tan abundante, no repara estas diarias pérdidas, cada día se debilitan las fuerzas, desfallece la fé y se obscurecen las verdades; quanto mas adelante pasa mas se empeora; ella misma conoce que no sale del mundo y de los peligros tan inocente como antes; que se aumenta su flaqueza y su amor propio; que pasa ciertos límites que hasta entonces habia respetado; que las conversaciones libres la hallan mas indulgente, las murmuraciones mas favorable, las ocasiones mas facil, los placeres menos contenida, y el mundo mas grata; que de estos peligros sale

su

su corazon medio vencido, y solo se sostiene por algunos debiles respetos; conoce sus pérdidas, y no vé cosa alguna que las repare; finalmente, conoce que Dios casi se ha retirado, y que ya no hay mas barrera entre nosotros y la culpa, que nuestra flaqueza; este es el estado en que os hallais; juzgad qual será en el que os hallareis dentro de poco tiempo.

Bien sé que este estado de tibieza y de infidelidad os asusta é inquieta, que continuamente estais diciendo que no hay mayor felicidad que no tener apego á cosa alguna, y que envidiais la suerte de aquellas almas que se entregan absolutamente á Dios, y no guardan respeto alguno con el mundo. Pero os engañais; porque no es la fé y el fervor de esas almas lo que vosotros envidiais, sino la alegría y tranquilidad de que gozan en el servicio de Dios, de la que no podeis gozar vosotros: No envidiais mas que la insensibilidad, y aquella feliz indiferencia á que han llegado para con el mundo, y para con todo lo que él estima, pues todos vuestros sobresaltos, vuestros remordimientos, y vuestras penas interiores provienen del amor que teneis al mundo; pero no envidiais los sacrificios que les ha sido preciso hacer para llegar á ese estado; no envidiais las violencias que han tenido que hacerse para conseguir esa feliz paz y tranquilidad; no envidiais el trabajo que las ha costado el merecer el dón de una fé viva y fervorosa: envidiais la felicidad de su estado, pero no quisierais que os costase trabajo el abandonar la ilusion y el regalo del vuestro.

La segunda consecuencia que tambien se infiere de negarsele al alma tibia las gracias de la proteccion es que el yugo de Jesu Christo viene á ser para ella un yugo duro, pesado, é insufrible. Porque Católicos, habiendo perdido por el desorden de nuestra naturaleza el gusto á la justicia y á la verdad, en el que consistian las mayores delicias del hombre ino-

cente, ya no tenemos ansia ni deseo sino de los objetos de los sentidos y de las pasiones. Las obligaciones de la ley, que continuamente nos están avisando que nos apartemos de los sentidos por seguir el espíritu, y que nos hacen sacrificar las impresiones de los presentes placeres á la esperanza de las futuras promesas; estas obligaciones, vuelvo á decir, cansan muy presto á nuestra flaqueza, porque son unos esfuerzos continuos contra nosotros mismos, y así es preciso que la suavidad de la gracia aligere este yugo, que derrame secretos consuelos sobre su amargura, y que mude la tristeza de las obligaciones en una alegría santa y sensible.

Pero el alma tibia, privada de esta suavidad, solo siente la pesadez del yugo, sin experimentar los consuelos que le suavizan: No gusta sino la amargura del Caliz de Jesu-Christo. Por eso os son inspidas todas las obligaciones de la piedad, y molestos todos sus saludables ejercicios. Vuestra conciencia inquieta y turbada con vuestras tibiezas é infidelidades, cuya inocencia no podeis justificar, no permite que gozeis paz y alegría en el servicio de Dios: Sentís todo el peso de aquellas obligaciones, á las que no os permiten que seais infieles las reliquias de fé y de amor al sosiego interior que aún se hallan en vosotros; y no sentís el secreto testimonio de la conciencia que le suaviza, y que conforta el alma fervorosa; huís de ciertas concurrencias en donde siempre naufraga la inocencia, y en el retiro que os aparta de ellas no hallais mas que un mortal fastidio, y un gusto aún mas vivo y mas eficaz de los mismos placeres que procurais prohibiros; orais, y la oracion solamente os sirve de distraccion y fatiga; os exercitais en obras de misericordia, y á no ser que os mantenga en ellas la vanidad, ó el genio, quanto en ellas hay os es molesto é insufrible: tratáis con personas virtuosas, y

su

su compañía os es tan enfadosa, que llega á disgustaros aun de la misma virtud; la mas leve violencia que os haceis por el cielo os cuesta tan grandes esfuerzos, que es necesario que venga inmediatamente el mundo con sus diversiones y placeres á aliviaros de esta leve fatiga; la menor mortificacion abate vuestro cuerpo, os inquieta y molesta, y no hallais alivio sino en la pronta resolucion que tomáis de abandonarla inmediatamente; vivís desgraciados y sin consuelo, porque os priváis de un mundo que amais, y á quien dáis el lugar de las obligaciones que aborreceis; toda vuestra vida no es mas que una triste molestia, y un continuo disgusto de vosotros mismos; os pareceis á los Israelitas en el desierto, que vivian disgustados, por una parte del Manná con que les mandaba el Señor alimentarse, y por otra, sin atreverse á volver á las viandas de Egipto que aun amaban, y de las que se abstendian por temor de ser castigados de Dios.

Pero este estado de violencia no puede durar; una virtud que no calma el corazon, que no consuela al entendimiento, y que no contenta al amor propio, presto cansa; el yugo que pesa, y que no se lleva con amor, sino por algun motivo humano, presto se sacude; es una cosa tan molesta el no ser nada, por decirlo así, ni justo, ni mundano, ni del mundo, ni de Jesu-Christo; el no gozar ni de los placeres de los sentidos, ni de los de la gracia, que es imposible el que sea durable este violento estado de neutralidad é indiferencia: los corazones de los hombres, y algunos con especialidad, tienen necesidad de un objeto determinado que les ocupe y sujete, y si no fuese Dios, lo será necesariamente el mundo: Un corazon vivo, fogoso y extremado, como el que tienen la mayor parte de los hombres, no puede fijarse sino con el gusto de los afectos, y el que siempre se siente privado de gusto para la virtud, ya ofrece un corazon dispuesto á rendirse á los atractivos del vicio.

F 2

Bien

Bien sé que hay algunas almas perezosas y tibias, que al parecer se mantienen en este estado de equilibrio y de insensibilidad; que no muestran ansia ni por el mundo, ni por la virtud; que por su naturaleza parece están tan distantes de los fervores de una piedad fiel, como de los excesos de un desorden profano; que en medio de los placeres del mundo conservan una circunspeccion y una regularidad, que aún dá señales de virtud; y entre las obligaciones de la Religion, una pereza y una relajacion, que está respirando el ayre de las máximas del mundo. Estos son unos corazones tranquilos y perezosos, que no tienen actividad para cosa alguna, y en los que la inaccion casi ocupa el lugar de la virtud; y que aunque no llegan á aquel estado de piedad que hace á las almas fieles, tampoco se hallan en aquel grado de abandono que hace á las almas desordenadas y perversas.

Bien lo sé, Católicos; pero tambien sé que esta pereza de corazon solamente nos defiende de aquellos delitos que cuestan trabajo; solo nos aparta de ciertos placeres, que nos sería preciso comprar á costa de nuestro sosiego, y así basta el amor al descanso para apartarnos de ellos. Esta pereza solamente nos hace virtuosos al parecer de los hombres, porque éstos la confunden con la piedad que huye del vicio; pero no nos defiende contra nosotros mismos, contra mil deseos ilícitos, contra mil complacencias culpables, contra mil pasiones mas secretas, y menos penosas, porque están encerradas en el corazon; no nos defiende de la envidia que nos consume, del deseo de venganza que nos irrita, de la ambicion que nos domina, de la vanidad que nos corrompe, del deseo de agradar de que estamos poseídos, del excesivo amor á nosotros mismos, que es el principio de todas nuestras acciones, y que todas las inficiona: Es decir, que esta negligencia nos entrega á todas nuestras interiores flaquezas, al mismo tiempo que

que nos contiene contra las pasiones mas desenfadadas y escandalosas; y que lo que parece tibieza á la vista de los hombres, es siempre corrupcion, y una secreta ignominia á la vista de Dios.

Tambien sé que el gusto de la piedad, y aquel interior consuelo que suaviza la práctica de las obligaciones es un dón que muchas veces se niega aún á las almas mas santas y mas fieles; pero hay tres diferencias esenciales entre el alma fiel, á quien el Señor niega los consuelos sensibles de la piedad, y el alma tibia y mundana que siente la pesadez del yugo, y no puede hallar gusto en las cosas de Dios.

La primera, que el alma fiel, no obstante su repugnancia y sus disgustos, conserva siempre una fé firme y sólida; el vivir libre de culpas, despues que Dios mudó su corazon, la parece un estado mucho mas feliz que aquel en que vivía quando se hallaba entregada á los desordenes de las pasiones; y así llena de horror por sus pasados desordenes, no quisiera trocar su suerte por todos los placeres de la tierra, ni volver á caer en sus primeros vicios; pero el alma tibia é infiel, disgustada de la virtud, mira con envidia los placeres y la vana felicidad del mundo, y como sus disgustos son pena y efecto de la flaqueza y tibieza de su fé, empieza á parecerla la culpa el unico remedio de las molestias, y de la tristeza de la piedad.

La segunda diferencia consiste en que el alma fiel en medio de sus disgustos y sequedades, á lo menos tiene una conciencia que no la arguye de culpa; está defendida con el testimonio de su propio corazon, y con un genero de inocente paz, que aunque no sea viva y sensible, no dexa de establecer en su interior una calma que nunca habia experimentado en los caminos de la culpa; pero el alma tibia é infiel, permitiendose aun contra el testimonio de su propio corazon mil diarias transgresiones, cuya malicia ignora, siempre

pre tiene inquieta y dudosa la conciencia, porque no está fortalecida, ni con el gusto de las obligaciones, ni con la paz y testimonio de la conciencia; y este estado de inquietud y de molestia viene muy presto á parar en la funesta paz de la culpa.

La ultima diferencia consiste, en que no siendo los disgustos del alma fiel mas que pruebas de que se sirve Dios para purificarla, suple los sensibles consuelos de la piedad que la niega con otros mil medios equivalentes, con una proteccion mas poderosa, con un misericordioso cuidado de apartar de ella todos los peligros que la pudieran engañar, y con mas abundantes socorros de la gracia; porque el Señor no intenta perderla ni desanimarla, solamente quiere probarla, y hacerla expiar con las amarguras y sequedades de la virtud, los injustos placeres de la culpa; pero los disgustos del alma infiel no son pruebas, sino castigos; el Señor no es para ella un Dios misericordioso, que suspende los consuelos sin suspender la gracia; sino un Dios severo, que se venga, y se retira: No es un Padre amoroso, que suple con lo sólido de su amor, y con verdaderos socorros los aparentes rigores de que se vé precisado á usar; sino un Juez severo, que empieza á privar al culpado de mil consuelos, porque le está disponiendo la sentencia de muerte. Las sequedades de la virtud hallan mil consuelos en la misma virtud; las de la tibieza solamente pueden hallarlos en las engañosas dulzuras del vicio.

Ved, Católicos, como el paradero inevitable de la tibieza es la desgracia de la caída. Decidnos ahora que quereis formaros una virtud permanente, y que el zelo excesivo no dura mucho tiempo; que para llegar al fin es mejor no tomar las cosas con tanto empeño, y que no se puede adelantar mucho en la carrera, quando falta el aliento en los primeros pasos.

Bien

Bien sé que los excesos, aun en la piedad, no provienen del Espiritu de Dios, que es un Espiritu de discrecion y prudencia: Que el zelo que destruye el orden de nuestro estado y de nuestras obligaciones no puede ser piedad que se deribe del cielo, sino una ilusion que nace de nosotros mismos: Que la indiscrecion es raíz de las falsas virtudes; y que muchas veces se dá á la vanidad lo que parece darse á la verdad. Pero os digo de parte de Dios, que para perseverar en los caminos del Señor es necesario entregarse á su Magestad sin reserva: Os digo que para mantenerse en la fidelidad debida á las obligaciones esenciales, es necesario mortificar continuamente las pasiones que siempre nos están apartando de ellas: Y que el contemporizar con las pasiones, con pretexto de no excederse, es fabricarnos á nosotros mismos el precipicio: Os digo que las almas fieles y fervorosas no se contentan solamente con abstenerse de la culpa, sino que procuran evitar todo lo que puede conducir á ella: Que solamente estas almas perseveran, se mantienen, y honran la piedad con su modo de vida constante, igual y uniforme; y al contrario las almas tibias y flojas, las almas que han empezado su penitencia poniendo límites á la piedad, y procurando acomodarla á los placeres y máximas del mundo, estas almas retroceden, se desmienten, vuelven á su vomito, y deshonoran la piedad con inconstancias y desigualdades manifiestas, y con una vida tan presto retirada y virtuosa, como tibia y mundana. A vosotros mismos llamo por testigos, Católicos; quando veis en el mundo una alma que aflorja de su primer fervor, y que cada dia se vá acercando mas á las concurrencias y placeres que al principio se habia prohibido con tanta severidad; quando la veis que insensiblemente se vá apartando de su modestia, de su retiro, de su circunspeccion, de sus

ora-

oraciones, y del exacto cumplimiento con su obligación, ¿no decís vosotros mismos que no está lexos de ser lo mismo que antes era? ¿No mirais todas estas relajaciones como preludios de la caída? ¿Luego qué veis que afloja en la virtud, no la teneis por casi extinguida en ella? No necesitais ni aun de tantas señales para censurarla, y para pronosticar siniestra y maliciosamente de la piedad. ¡Oh que injustos sois! ¡Condenais á la virtud tibia é infiel, y al mismo tiempo nos condenais á nosotros quando os pedimos una virtud fiel y fervorosa! Decís que para mantenerse en la virtud es necesario no elevarse demasiado, y luego que veis en una alma alguna tibieza y negligencia profetizais su caída.

Y así, en este estado de tibieza deben temerse las recaídas: El que se entrega á Dios absolutamente, no se disgusta de él; ni abandona su Magestad, sino solamente al que le sirve con flojedad; el modo de salir victorioso del combate, no es el condescender con el enemigo, sino vencerle; el medio para no ser sorprendido, no es el dormirse en la pereza y negligencia, sino estar siempre vigilante en todas las acciones; no se debe dexar de adelantar por miedo de no poder perseverar; al contrario, para merecer la gracia de la perseverancia es necesario no omitir desde el principio medio alguno. ¡Qué ilusiones, Católicos, el temer al zelo como peligroso para la perseverancia, siendo solamente el zelo el que la consigue! ¡Qué locura contentarse dentro de los límites de una vida tibia y cómoda, creyendo que solamente así se puede perseverar, quando este genero de vida es el que unicamente no es constante! Se procura huir de la fidelidad, como si esta sirviera de escollo á la virtud, siendo así que la virtud sin fidelidad está muy cerca del naufragio.

De este modo la tibieza aparta del alma infiel las gra-

gracias de proteccion; y separadas estas gracias pierde nuestra fé toda su fuerza, el yugo de Jesu-Christo todos sus consuelos, y quedamos en un estado de desfallecimiento y de miseria, en el que para que la inocencia quede vencida basta que tenga la desgracia de ser tentada: Y siendo cierto que en estado de tibieza es inevitable la pérdida de la gracia santificante, por razon de los auxilios que faltan entonces, tambien lo es por razon de que en él se fortifican las pasiones.

SEGUNDA PARTE.

EL ser tan necesaria la vigilancia para la piedad christiana consiste en que todas las pasiones que en nosotros se oponen á la Ley de Dios, solamente mueren con nosotros, por decirlo así; por mas que las debilitemos con los socorros de la gracia, y de una fé viva y fervorosa, las inclinaciones y la raíz quedan siempre en el corazon: Siempre llevamos dentro de nosotros los principios de los mismos desordenes que borraron nuestras lágrimas. La culpa podrá morir en nuestros corazones, pero el pecado, como habla el Apostol, esto es, las corrompidas inclinaciones de que se han formado todas nuestras culpas aun habitan y viven en él; y aun despues de nuestra penitencia nos ha quedado aquella raíz de corrupcion que nos separó de Dios, para que sirva de continuo exercicio á la virtud, para hacernos mas dignos de la corona con las continuas ocasiones de pelear que nos ofrece, para humillar nuestra vanidad, para traernos á la memoria que el tiempo de la vida presente es tiempo de guerra y de peligro, y que por un destino inevitable á la condicion de nuestra naturaleza, no hay casi mas que un paso de distancia entre la relajacion y la culpa.

Es verdad que se nos dá la gracia de Jesu Christo para reprimir aquellas corrompidas inclinaciones que sobreviven á nuestra conversion; pero como en el estado de tibieza, como acaba de decirse, casi no nos dá la gracia sino auxilios generales; y como se suspenden, ó á lo menos son mas raras las gracias de proteccion, por habernos hecho indignos de ellas, necesariamente se ha de seguir que las pasiones han de adquirir mayor fuerza: Pero no solamente se fortifican las pasiones en el estado de tibieza é infidelidad, porque en él son mas raras las gracias de proteccion que las debilitan, sino tambien por razon de este estado considerado en sí mismo; porque no siendo la vida tibia é infiel mas que una continua condescendencia con todas nuestras pasiones, una cobarde facilidad en concederlas siempre, hasta cierto punto, todo lo que las lisonjea, un cuidado del amor propio en apartar de ellas todo lo que podria reprimirlas, ó contenerlas, y un uso continuado de todo lo que es á proposito para inflammarlas, se sigue que en este estado cada dia deben adquirir nuevas fuerzas.

Y á la verdad, Católicos, es locura el persuadirse á que no condescendiendo con nuestras pasiones mas que hasta ciertos límites permitidos, las contentamos, por decirlo así, y las concedemos lo suficiente para satisfacerlas, sin que por esto puedan manchar nuestra alma, ni introducir en nuestras conciencias graves turbaciones y remordimientos: Es locura el figurarnos que podemos llegar á cierto equilibrio entre el pecado y la virtud, en el que por una parte estén contentas nuestras pasiones con las condescendencias que las permitimos, y por otra esté sosegada nuestra conciencia en orden á las culpas, porque las evitamos: Este es el plan que se forma el alma tibia, favorable á su tibieza y pereza, porque procura

evi-

evitar igualmente todo lo que es penoso en la culpa y en la virtud; niega á las pasiones todo lo que podria turbar su conciencia, y á la virtud lo que molestaría y mortificaría demasiado al amor propio: Pero este estado de equilibrio é igualdad es químerico. Las pasiones que no conocen límites en la culpa, ¿cómo podrán contenerse dentro de la tibieza? Si no pueden satisfacerlas y fixarlas los excesos, ¿cómo podrán las simples condescendencias? Quanto mas las concedais, mas os inhabilitais para poder negarlas quanto deseen: El verdadero modo de aplacarlas, no es el favorecerlas en algunas cosas, sino el contradecirlas en todo: Qualquiera condescendencia las hace mas fieras é indomitas; son como el fuego, que con poca agua en vez de apagarse se aumenta: Sucede lo que con un fiero leon, á el que se le presenta un corto alimento, que en vez de saciar su hambre la hace mas viva y violenta: Todo lo que lisonjea á las pasiones las pone en peor estado.

Pues tal es el de una alma tibia é infiel: Se permite todos los rencores que no llegan á venganza declarada: Se justifica todos los placeres en que no está manifiesta la culpa; busca todos los adornos y artificios en que no es escandalosa la indecencia, y en los que no se descubre pasion ni vicio alguno declarado: Se entrega absolutamente á todas las ansias de adelantar, y á los cuidados de la fortuna, quando en esto no ofende al proximo: No hace escrupulo de las omisiones en que solo parece que falta á las obligaciones arbitrarias, ó que solo ofenden levemente las esenciales: No hace caso del amor que tiene á su cuerpo y á sí misma, con tal que no induzca directamente á pecado: La parece saludable la delicadeza en orden á su estimacion y fama, quando es compatible con la moderacion que pide el mundo. ¿Y qué se sigue de esto, Católicos? ¿Quereis saber

G 2

ber